

# **mundo gráfico**

## **LA MADRE**

El dolor, más que el tiempo, ha hecho surcos dramáticos en ese rostro, en cuya serena angustia está reflejada toda la tragedia de esta hora de España

Miércoles 30 de Junio de 1937

AÑO XXVII  
Número 1339  
Hermosilla, 73  
Apartado 571  
MADRID



EN la 14.<sup>a</sup> División, que a las órdenes de ese auténtico caudillo popular que es Cipriano Mera va viendo desdoblarse en anchos planos el panorama de la Alcarria reconquistada, se ha señalado, con la más exacta silueta del jefe militar, el comandante del Estado Mayor Antonio Verardini. Español. Aunque el apellido—italiano—pudiera inducir a fáciles equivocaciones.

—Nacido en Madrid, el día 13 de Junio de 1910. Acabo de cumplir los veintisiete años—dice—. Y añado:—Y de ellos, acaso veinte ya de un sentimiento liberal que iba ensanchándose rápidamente hasta desbordar de los conceptos españoles del liberalismo para llegar al sentimiento libertario de hoy.

Antonio Verardini cuenta de sus primeros años una niñez confortable y risueña, en un ambiente cómodamente burgués.

—Yo no he conocido la infancia triste y lóbrega de casi todos los que luego iban a ser revolucionarios. Mi padre era ingeniero de Minas. De ideas volterrianas, que no impidieron el que, cediendo a los deseos de mi madre, yo empezase a educarme con los jesuitas en el I. C. A. I. Aquel gran Centro de enseñanza que tenían en el Paseo de Albergo Aguilera. Pero yo había heredado de mi padre la aversión a la gente de iglesia, y por no someterme a las fórmulas de aquellos profesores religiosos, fui expulsado del Instituto. Terminaba entonces el Bachillerato y debía empezar los estudios de ingeniero mecánico. Como estudiante no pudieron formular ninguna queja de mí. Era mi rebeldía en el trato de profesor y alumno lo que castigaban. Para mi madre, aquello fué un disgusto terrible. Para mí, una satisfacción. Y como ya no podía seguir mi carrera en el I. C. A. I. (el Instituto Católico de Artes e Industrias), decidí marchar a Francia y continuar mis estudios en el Politécnico de París.

#### Aquella libertad de pensamiento reconocida por la Constitución del 76

De París volvió Antonio Verardini ya ingeniero mecánico, con el número uno de su promoción. Y con un fuerte deseo de trabajar.

—Pero en Madrid pronto me convencí de que no tenía nada que hacer. En ningún sitio me daban trabajo, y yo carecía de medios económicos para trabajar por mi cuenta. Además, mi padre, que hubiera sido el único con quien yo habría podido entenderme en mi familia, había muerto siendo yo un chico, y mi manera de pensar y mi carácter no armonizaban con los demás. Al librepensador se le cerraban las fábricas y los talleres y se le negaba un mínimo de estimación en su familia. Aunque la Constitución del Estado entonces vigente reconocía como un derecho de ciudadanía la libertad de pensamiento—dice Verardini.

#### Primeros pasos por los difíciles caminos de la agitación revolucionaria

—Aquellas dificultades sociales que me impidieron trabajar en Madrid y aquella intransigencia de mi familia, que me hacía ser como un intruso en mi casa, exacerbaban mis naturales rebeldías. Y decidí alejarme. Creía que en Marruecos podría desenvolverme con algún desahogo, y me establecí en Ceuta, donde constituí una Sociedad de Construcciones con vastos proyectos. A poco de llegar entré en relación con algunos elementos revolucionarios, en-



## LA VIDA DE LOS JEFES DEL EJERCITO POPULAR, CONTADA POR ELLOS MISMOS

# El comandante VERARDINI se hizo ingeniero en París porque los jesuitas le expulsaron de su Instituto, en Madrid

tre ellos un ex capitán del Ejército, apellidado Porras, que dirigía un semanario, *Renacer*, y una organización antimilitarista, con la denominación de I. R. y A. (Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista). En el semanario aparecieron varios artículos míos, y aquello bastó para que el capitalismo de la ciudad boicotease mi Sociedad de Construcciones.

#### El 2 de Mayo de 1931 ondeaba la bandera monárquica en algunas posiciones españolas en Marruecos

—Pero ya nada podía desviarme—añade Verardini—del camino de la acción revolucionaria. Por entonces fué cuando se proclamó la República, que muchos militares del Ejército de Marruecos se negaban a acatar. Y llegó el 2 de Mayo de 1931, y sobre algunas posiciones españolas ondeó todavía la bandera monárquica. Como protesta, promovimos un alzamiento, por el que se nos procesó y se nos condenó a muerte. Pero hubo revisión de proceso, y se nos dejó en libertad. Luego seguí escri-

biendo y actuando revolucionariamente y sufriendo detenciones, procesos y prisiones. Sin filiación política ni sindical, aunque siempre en consonancia con la actuación de los grupos libertarios. Por una violenta campaña de Prensa contra la ley de Vagos, me procesaron otra vez, y pasé a la cárcel por tiempo indeterminado, jurídicamente bajo el pretexto de una anormalidad mental, sin dictamen médico de la acusación y contra dictámenes facultativos particulares presentados por mi defensa, entre ellos el del doctor Juarros.

#### El luchador antimilitarista que se convierte en comandante de Estado Mayor

Así llega Julio de 1936. Verardini, en la cárcel.

—Y de la cárcel—sigue recordando—me sacaron el día 21. Tres días después de que estallara la sublevación militar. En cuanto me vi en libertad, me uní a un grupo de la C. N. T., con Mera, Pan, Casado (estos dos últimos, muertos heroicamente en Paredes de Buitrago, con la columna Del Rosal), y nos fuimos a la Sierra. Ya en Madrid, el movimiento rebelde había sido vencido. Pero en la Sierra se estaba «dando duro». Allí, en Septiembre, me hicieron teniente del Estado Mayor. Muy pronto ascendí a capitán. Luego, a comandante. Todo mi acendrado antimilitarismo, cambiado en una jerarquía militar. Pero era que el cambio se había operado en el Ejército y no en mí. En el Ejército, que de ser una oligarquía pasó a ser una fuerza al servicio del interés y de la necesidad popular.

Herido en la lucha, apenas se restableció se apresuró a volver a su puesto.

Sotillo de la Adrada, en Avila. Luego, el frente de Teruel. Y el 7 de Noviembre, con Cipriano Mera y un millar de milicianos confederales, voluntario a la defensa de Madrid, a la Casa de Campo, donde había de quedar frenado el avance aparatoso de los invasores.

—Después, participe, a las órdenes del teniente coronel Casado, en unas importantes operaciones en San Martín de la Vega, Pinto, Seseña, Valdemoro... Y, más tarde, con el general Kleber. Hasta que me incorporé otra vez a las órdenes de Mera, a la 14.<sup>a</sup> División, que iba a enfrentarse en la Alcarria con las fuerzas italianas al servicio de Franco y a tirar otra vez por tierra las esperanzas de los invasores, que creían haber hallado el punto vulnerable en el cinturón infranqueable de Madrid. El enemigo estaba en Brihuega. Y en la orden de operaciones de nuestra División figuraba aquel día esta frase escueta y magnífica: «Misión: Ocupar Brihuega y aniquilar núcleo enemigo que lo defiende...»—dice Verardini.

Y añade:

—Y se hizo así.

Pero la necesidad militar de estos instantes no ha secuestrado en el comandante Verardini la vocación del hombre civil.

—Creo que durante mucho tiempo después de terminada la guerra, «de vencedores en la guerra»—se rectifica con acento seguro—, habrá que seguir manteniendo en España un Ejército poderoso. Yo, sin embargo, no querría continuar entonces en él. Como ingeniero, puedo serle a la Revolución más útil. ¡Y qué gran obra de ingeniería es la Revolución!

(Fot. Video)

José ROMERO CUESTA

## PÁGINA DEL COMBATIENTE



*anécdotas de la guerra, contadas por los soldados*

*¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente, también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

## 26 de Octubre

A que no sabes lo que he soñado esta noche?—me preguntó mi compañero.

—Tú dirás.

—Pues que estábamos a 26 de Octubre y me habían dado un tiro en una pierna.

—¡Bah! ¡Tonterías! Si fuera uno a hacer caso de los sueños... Yo me he pasado las noches jugando en Madrid con un chico mío, y, ¡ya ves!, ni soy casado ni tengo hijos.

Estábamos en la Sierra, con aquella célebre columna Mangada, y eran los finales de Agosto. Ya empezaba a refrescar bastante de noche; pero durante el día el calor era asfixiante.

Pasó el tiempo, y ya nos habíamos separado mi compañero y yo. Eran los días dramáticos del avance fascista sobre Madrid. Caí yo herido con uno de esos «tiros de suerte», que me atravesó un brazo, sin hacerme gran daño.

Iba a curarme al hospital, que entonces estaba en la iglesia del Buen Suceso. Y una tarde, en el momento de yo entrar en la Clínica, llegaba una camioneta con heridos graves del frente.

Me detuve a mirarlos, y en el primero que bajaron en brazos reconocí a mi antiguo compañero.

—¿Te acuerdas lo que soñé?—me dijo—. Pues mira cómo traigo la pierna derecha. Me han herido esta mañana en Pinto. Ya ves cómo acerté la fecha.

Se lo llevaron rápidamente al interior. En la oficina del hospital había un almanaque. Lo miré, y, en efecto, ¡era el 26 de Octubre!

El misterioso presentimiento estaba cumplido.—AUGUSTO TEJADA.

## Un bravo

«Fué un combate del mismo decorado que casi todos. Pero, no obstante la gran intensidad del fuego enemigo, de mi Compañía no cayó nadie herido, y eran muy pocos los muertos que habíamos de retirar.

Habíamos dejado el cerrillo donde estábamos, por haberlo localizado los cañones enemigos, y combatíamos no lejos, bien parapetados.

Duraba mucho la acción, y esto hizo que echase de menos, en un rato de reposo, mi capote, y unos guantes que ese día estrenaba, y una cantimplora acabada de coger, una hora antes, de la cintura de un amigo muerto.

Me decidí a rescatar mis prendas, y me encaminé al lugar donde ex profesamente las había dejado. Habíamos puesto en práctica una estratagemata.

Para que el enemigo siguiese concentrando su fuego en la posición dejada por nosotros, ordené que se dejaran colocados en la trinchera lo más adecuadamente posible, todos los bultos (ropas, macutos, etc.), de forma que simulasen que eran combatientes defendiendo aquella «presa».

Así lo creyeron, sin duda, los facciosos, ya que, lejos de aminorar el castigo a que tenían sometido aquel montículo, lo aumentaban por momentos.

Aprovechando las ventajas que me ofrecía el terreno, llegué al sitio anhelado; mas apenas terminé de desliar la cuerda que sujetaba la cantimplora al macuto, una voz seca, rígida, fuerte, salida del interior de un refugio construido hacía ya tiempo, contuvo mis movimientos. Un temor cargado de firme resolución me hizo permanecer inmóvil, empuñando nerviosamente la pistola.

Pasados esos segundos de sorpresa, que parecen siglos, de la obscuridad de la zanja que conducía a la puerta de aquel «botiquín» salieron dos camilleros, pálidos, temblorosos, avanzando con mucha precaución. Realmente, el fuego enemigo era en aquellos momentos intensísimo. Al lado de la camilla en que portaban a un herido iba otro hombre, que, sudoroso, lleno de polvo, decía con coraje:

—¡Pase lo que pase, hay que llevarse a este herido! Si no lo curan en seguida, se muere. ¡Hay que llevarlo! ¡Yo voy delante!

Y «tirando» de los camilleros, que aun se resistían a seguirle, desaparecieron, buscando los bajos de unas hondonadas, desafiando a la muerte.

Cuando llegaba de regreso a mi puesto, una bala me atravesó el vientre. Ingresé en el hospital, y me fué imposible felicitar oportunamente al camarada cuyo valor salvó a otro compañero de la muerte, pues aquel herido se encuentra luchando nuevamente.

Hoy, el entonces «médico militar de vanguardia»—había estudiado Medicina y desempeñaba el cargo de practicante—es, merced al heroísmo que ha prodigado en los campos de lucha, capitán-ayudante en la brigada que manda el Campesino.—RAFAEL ALVAREZ FERNÁNDEZ.

## Una hazaña

«Amaneció un día radiante de luz y de alegría. La vista se deleita contemplando el magnífico panorama que presentan los campos, plétóricos de vida.

Parece que la guerra no ha clavado sus garras sangrientas en estos pueblecitos de la Alcarria. Se diría que la guerra es una pesadilla y que todo lo que por aquí ha pasado se difuminó para siempre en el recuerdo. No se oye un tiro en la verde llanura, donde los campesinos se entregan afanosamente al trabajo.

De pronto, un escalofriante silbar, muy conocido por nosotros, nos vuelve a la brutal realidad: es la guerra.

Desde muy lejos, el enemigo sacia su saña en un pueblecito, cuyo «objetivo militar» es hallarse en la zona leal. La batería enemiga vomita metralla, en la seguridad de que el alma del pueblecito (también los pueblos tienen alma) no puede hacerle pagar su alevosía.

El bombardeo feroz, sin finalidad militar ninguna, dura mucho rato.

Al paso de nuestros aviones de reconocimiento, los cañones enemigos callan cobardemente.

Resultado de la «hazaña»: varias casas de humildes labradores deshechas. Y entre los escombros de una casita blanca, el cuerpecito destrozado de una niñita de cuatro años que se hallaba durmiendo, soñando quizá con las «cosas bonitas» que su madre le contara para ayudarla a conciliar el sueño.

Contemplando el doloroso cuadro, uno de nuestros soldados, campesino que por los azares de la guerra dejó a su mujer y a sus hijitos en zona enemiga, exclama, mientras que por su curtido rostro se desliza una lágrima de indignación:

—¡Qué crimen más cobarde! ¿Por qué no vienen a buscarnos el pecho, con sus armas, a nosotros, que sabemos responderles?—LUIS B., en el sector de Guadalajara.



En el frente de Aragón. Un corneta de órdenes enseña a tocar a sus compañeros. A falta de tambor, éste es sustituido con un pedazo de tubería (Fot. Torrents)



**Las armas recogidas en el cuartel son repartidas a los milicianos**

Los carros blindados habían quedado detenidos en la cuesta. Detrás, unos guardias y muchos paisanos armados. «¡Adelante,

adelante!», les gritaba yo. Adivinaba el estupor de los que estaban dentro y comprendía que era necesario aprovechar este desconcierto. «¡Adelante!» Una hora más, y tal vez hubiera sido tarde.

### **El armamento que había en el cuartel**

—Así se tomó el cuartel. Y cuando vi que estaba tomado, me marché. No quise ver lo que comprendía que iba a pasar. No quise verlo, ni podía impedirlo. Nos habían hecho bastantes bajas, y conocí el furor del pueblo. Faltan a la verdad los que dicen que pudo evitarse algunos excesos. Ni yo ni nadie hubiera podido hacerlo. Sólo el intentarlo hubiese hecho que me confundieran con los sublevados. No. Se les pidió la rendición a tiempo; pero ellos querían ganar tiempo, y era eso precisamente lo que había que evitar. Dada la señal de asalto, no había ya nada, absolutamente nada que hacer. En el cuartel de la Montaña, además, había el armamento del Regimiento número 4



**Combatientes de aquellos días, en espera de la orden de asalto al cuartel**

*(Conclusión)*

### **La orden para ocupar el cuartel de la Montaña**

—En la mañana del 20 recibí la orden de ir con el batallón al cuartel de la Montaña y entrar por la plaza de España. La orden era apremiante. Requisamos cuantos automóviles pasaban por los Cuatro Caminos. No esperé a ver reunido todo el batallón. Me fui con los primeros, mientras Galán se quedaba para seguirme después con el resto. Cuando llegué a la plaza de España, cerca ya del cuartel, me encontré con un capitán de la Guardia civil, que me hizo entrega del mando, que hasta entonces había ejercido. Quise rehusarlo, alegando que me habían dicho que había allí un teniente coronel. Y me respondieron que, en efecto, hasta hacía unos momentos había estado allí el teniente coronel de las fuerzas de Asalto; pero que se había marchado, porque por Carabanchel estaba muy fea la cosa... Todavía insistí. Allí estaba el teniente coronel Vidal, de Artillería, y quise que nos mandase él. Me respondió (y era verdad) que él no mandaba fuerzas y que estaba allí viendo a su hijo, teniente del mismo Cuerpo. El muchacho estaba allí con una pieza del 7,5. (Más tarde llegó otra del 15.) No había escape, y acepté la responsabilidad que me incumbía. ¿Que ahora son muchos los que dicen haber dirigido aquello? No me choca, y el caso es viejo como el mundo. Unos hacen lo que luego se atribuyen otros.

### **«Yo conocía el punto débil del cuartel»**

—Y con arreglo a esa responsabilidad que allí acepté, hube, lógicamente, de dar, cuando lo creí oportuno, la señal de asalto y de man-

dar al corneta de la Guardia civil que tocara la señal de alto el fuego—para que cesase el de Artillería, principalmente—, y de ordenar el avance de los carros blindados. Así se produjo el asalto, porque la gente lo deseaba impacientemente. A aquella hora había ya muchos hombres en la plaza de España. Todo esto quizá no lo saben los que a aquella hora se reunían en Comité lejos del escenario de la lucha. Hay, sin embargo, muchos que no me dejarán mentir. El silencio de unos, las incompletas referencias de otros, la información que se desfigura al ir pasando de una en otra boca, hacen que la verdad—ahogada, como antes decía, bajo un montón de letra impresa—vaya pereciendo. Pero sigamos. Yo conocía el cuartel. Sabía su punto débil, aquel por donde uno se puede acercar amparándose del fuego. Es la parte que mira a la Estación del Norte: la explanada de los gimnasios. Por allí trepé. Es un fuerte escarpado. Había algunos alambres-espino y dos reductos de sacos terreros. Desde abajo se veía que estaban abandonados, por miedo, sin duda, al fuego del cañón que estaba disparando desde la plaza de España. Entré por la tronera de uno de aquellos reductos, seguido de algunos hombres. Y grité con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Viva la República!»

### **Los que entraron primero**

—Continué gritando, para que los soldados me oyese. Grité que los jefes les habían engañado; que debían abandonarlos, viniéndose con nosotros. A mi lado cayó el último herido. Por la puerta que da a esa explanada salió un grupo de soldados, algunos con instrumentos de música. Querían tocar el himno nacional. Llevaban al frente una bandera, que era la del 4.º Regimiento. Yo salí del reducto. Les hablé. Cogí la bandera, y seguido de ellos y de algunos paisanos salí a la explanada principal. Tiraban desde las ventanas. Grité: «¡No tiréis!»

## **La verdad de lo que pasó en el cuartel de la Montaña**

**El comandante Fernández Navarro evoca aquellas jornadas que él vivió con toda su dramática intensidad**

de Infantería, el de otro de Zapadores, el de un grupo de Alumbrado y ¡47.000! cerrojos de fusil, que Gil Robles había mandado quitar a las armas del Parque, y que estaban allí (como es sabido, se habían negado a entregarlo, no obstante la orden que el ministro había dado para ello).

### **El comandante, herido**

—Aquel mismo día 20, el batallón salió hasta Torreldones, a cortar un supuesto avance de la columna Mola, y regresó, por orden del ministro, al día siguiente, al saber que la columna Mola no se movía. Esa misma tarde—no comíamos ni dormíamos—el batallón salió para Somosierra, formando la vanguardia de la columna del teniente coronel Puig, muerto pocos días después. Tomamos Somosierra. El enemigo se retiró. Era ya de noche. Quise seguirlo, para no perder contacto con él. Me adelanté con veinte hombres. Avanzábamos descalzos. Llegamos al kilómetro 104. Oímos un «¡alto, quién vive!», y quedé prisionero. Los brazos en alto, los fusiles al pecho. En ese momento, los míos rompieron el fuego. Dí un salto y escapé. Estaba solo. La noche era oscura, y faltaban nueve kilómetros para llegar a nuestras líneas. Mi brazo derecho colgaba, roto por un balazo a la altura del hombro. En la mano del mismo lado, otra herida. Más que las heridas, pesaba sobre mí el cansancio. No podía andar. Tuve que tenderme en el suelo. Al amanecer conseguí llegar a nuestras líneas, y fui llevado al Hospital de Carabanchel. Así terminó para mí el 5.º Batallón, que fué, más tarde, 5.º Regimiento.

\*\*\*

Así habló de aquellas jornadas, de las que pronto va a cumplirse un año, este bravo e inteligente jefe, que las vivió como protagonista en sus horas más inciertas y dramáticas.

# LOS ESCENARIOS DE LA LUCHA

## EL FRENTE OESTE DE VIZCAYA



# CATALUÑA

## ***El fervor hacia Madrid a través de un magnífico documental de guerra***



Dos gráficos del álbum dedicado a Madrid por Cataluña: en las horas trágicas del bombardeo, la gente se refugia en los túneles del «Metro»



EN la emoción de guerra que llena a Cataluña se repite, como un motivo constante, el fervor hacia Madrid, hacia todo lo que Madrid representa en esta hora. El nombre de Madrid tiene aquí resonancias continuas: en la calle, en la Prensa, en el mitin, en la hoja o el folleto de propaganda. La capital española se ha convertido en un símbolo, y hacia su nombre van pensamientos y entusiasmos, en homenaje al espíritu sereno y valeroso con que la ciudad mantiene en alto su penacho de resistencia.

En la labor de agitación y de propaganda que desde Cataluña se viene realizando—contribución necesaria a la guerra—, Madrid es un motivo central. Así, por ejemplo, se ha editado magníficamente una hoja que tiene en una de sus caras un dibujo simbólico de Sunyer, y en la otra, los bellos versos, ya populares, de Rafael Alberti: «Madrid, corazón de España,—late con pulsos de fiebre.—Si ayer la sangre le hervía,—hoy con más calor le hierve.—Ya nunca podrá dormirse,—porque si Ma-

drid se duerme,—querrá despertarse un día—y el alba no vendrá a verle.»

Cataluña ha editado también un admirable álbum de homenaje a Madrid. Se titula así, simplemente: «Madrid». Y es un gran documental de una parte del dolor de la ciudad bajo la guerra. El Madrid de las dramáticas mutilaciones, roto y ensangrentado, acosado y dolorido. Madrid, bajo las bombas, viviendo toda la crueldad de la guerra.

La primera parte del libro es una serie de gráficos sobre los bombardeos y sus víctimas. Viviendas destruidas, vidas rotas. Fotografías de un impresionante vigor trágico, que van desfilando ante los ojos como una formidable acta de acusación.

A esta parte sigue otra dedicada a los refugiados en que Madrid hubo de buscar amparo contra los bombardeos aéreos: túneles del Metro, portales, sótanos. Hay en estos gráficos también un sobrio y hondo patetismo. Familias acurrucadas, chiquillos que duermen un sueño inocente mientras la muerte ronda cerca. Fuera,

en la calle, quedó destrozado el hogar. Sólo un montón de escombros eran ya los pobres muebles, la casuca hecha a costa del trabajo de muchos años. Todo ello era ya nada más un recuerdo tenaz y doloroso en el ánimo de las pobres gentes que en los túneles del Metro vivían horas inacabables, mientras a su lado los chiquillos dormían un plácido sueño inocente.

La parte tercera es la del éxodo, la de la evacuación, la de la huida hacia lugares en que la guerra no tenga gestos tan trágicos. Hombres y mujeres contemplan las ruinas en que han quedado convertidos sus hogares. Y se marchan, porque lejos de allí habrá un techo que les acoja, una mesa en que puedan comer sin ese sobresalto continuo del peligro.

Sigue una parte destinada a recoger algunos aspectos de la vida de los refugiados en Cataluña. Más de ochenta mil evacuados de los lugares de la guerra han encontrado allí el hogar que perdieron. Tras el infierno de las horas de pesadilla vividas cerca de los campos de batalla, la estancia en tierras—brazos abiertos—de Cataluña se ofrece como una vida nueva.

Pero Barcelona, también. Barcelona está sufriendo también los dolores de la guerra. Hay ya hogares destrozados, vidas rotas. A veces, el aire es roto por el zumbido de muerte de los motores. Y ésta es la parte final del libro: las bombas de aviación sobre Barcelona, abriendo una interrogante dramática en la vida futura de la ciudad. Sobre un unánime fondo negro, en el interior de la contraportada se destaca, en rojo, ese signo angustioso de la interrogación.

Magnífico libro éste, que es, al mismo tiempo, un documental de la guerra, un homenaje a Madrid y un acta de acusación.

JOAQUIN MIRO

# VALENCIA

## El sentido creador de la República

La Exposición de Obras Públicas revela lo que en plena guerra se hace en favor de la construcción del país

La orden para organizar y celebrar una Exposición de Obras Públicas fué dada a principios del pasado Marzo por el ministro de Obras Públicas, don Julio Just. La guerra pasaba, sin embargo, por una de sus fases más difíciles. Sin desesperar de la victoria—que siempre alentó y alienta al pueblo antifascista, porque no es lícito dudar del triunfo de la Justicia y de la Verdad—, el horizonte de la República estaba ensombrecido por multitud de preocupaciones. El enemigo recibía por aquellos días copiosísimos refuerzos en hombres y en material de guerra moderno, que ponían a su servicio, con cautela y clandestinidad, los Estados totalitarios. Y el Ministerio de Obras Públicas, llamado a contribuir a la política de guerra, preferente y legítima misión del Gobierno, hubo de realizar obras de carácter militar: fortificaciones, refugios contra la aviación, caminos y otras obras que por su especial condición no es conveniente reseñar hoy.

Ahora bien: tales trabajos, desarrollando una política activa mediante una organización inteligente, no podían ni debían impedir que se prestara una ilusionada atención a las obras fundamentales del Ministerio, raíz de su existencia, que si desde hace lustros se creyó han de ser cimientos de un espléndido resurgimiento nacional, tienen ahora mayor importancia, porque han de servir, además, para reparar los tremendos e incalculables estragos de esta guerra que asola al país, reparando o poniendo en pie lo que ha sido destruido. Por esto, ninguna obra pública de las que se habían emprendido en la zona ocupada por el Ejército de la República ha sido suspendida. Y no solamente se ha mantenido el ritmo de construcción que se acusaba en los meses anteriores a Julio de 1936, sino que se le ha acentuado extraordinariamente al acometer, mediante órdenes del ministro señor Just, nuevas obras, preferentemente aquellas que, como las de revestimiento de acequias y canales, abastecimiento de aguas de los pueblos, alumbramientos de aguas para riegos y corrección de barrancos y encauzamiento de ríos, pueden sus beneficios apreciarse en corto plazo por el país. A veces se han

estudiado con toda diligencia nuevas obras de interés general y se han creado organismos capaces de elaborar un amplio y bien trabado plan de construcciones, capaz de ponerse en ejecución al término de la guerra, absorbiendo así millares de obreros todavía con las manos negras de la pólvora quemada en la defensa de las libertades y de la independencia del país. Por eso se ha podido dar el caso ejemplar, posiblemente único en el mundo, de que a pocos kilómetros de las trincheras y de los caminos y de los arrabales de ciudades y pueblos donde se lucha, millares de obreros, blandiendo los picos y las azadas, entre un animado friso de tractores y de apisonadoras, abren nuevos caminos y construyen ferrocarriles, o bien, entre el estruendo de poderosas excavadoras y de incontables hormigoneras, se represan los ríos, en amplios pantanos, a los que se busca arrancar centenares de miles de kilovatios para electrificar nuestros campos y nuestros trenes, y los recursos indispensables para trocar extensas porciones del territorio nacional, resacas y polvorientas, entregadas a misérrimos cultivos, prácticamente antieconómicos, en hermosísimas huertas, que al propio tiempo que embellecen el paisaje natal han de servir para fijar, en condiciones satisfactorias, millares y millares de familias que de ordinario vagan por las ciu-

dades ofreciendo sus brazos a una industria nada próspera.

La Exposición es así un amplio y coloreado resumen de esas actividades. No todos los servicios del Ministerio de Obras Públicas han podido tener representación en ella: dificultades de comunicación, imputables a la guerra, lo han impedido. Ni el hermosísimo edificio en que se celebra este espléndido exponente de la riqueza valenciana, ha permitido colocar todo lo que se había recogido. Pero, de todos modos, su número y variedad revelan, con elocuencia que hace ociosa la indicación, lo que en plena guerra se ha hecho y se está haciendo en favor de la construcción del país. Para muchos, para muchísimos dentro de España, será una alentadora y feliz revelación.

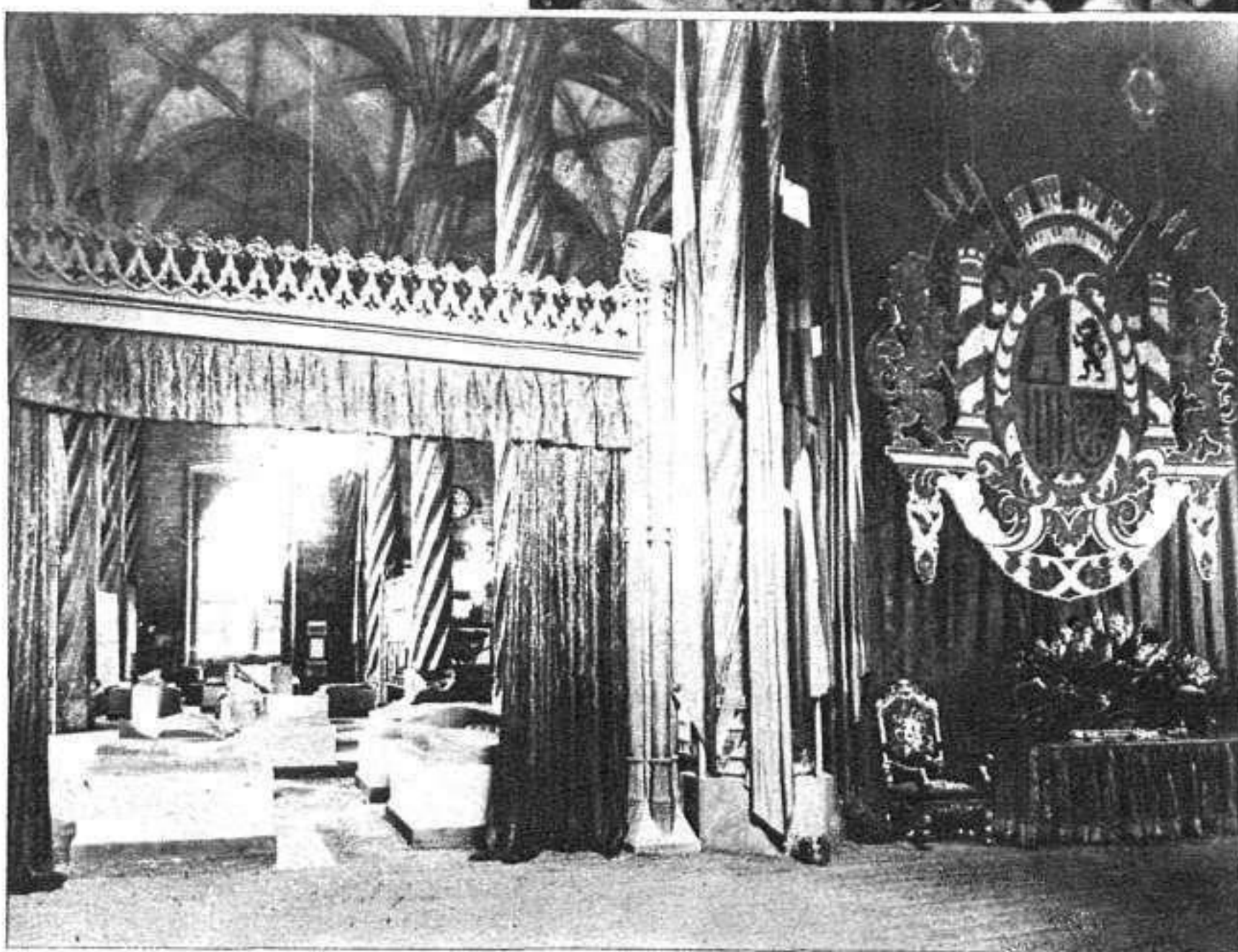
La Exposición revela—tal ha sido el pensamiento que le ha dado vida—el sentido creador de la República, puesto de manifiesto tan pronto como se establece, mediante mejoras, reformas y obras que con enérgico impulso se inician, y que en Obras Públicas adquieren inusitada amplitud bajo la inspiración de don Indalecio Prieto. Significa, por último, que la República tiene plena, absoluta confianza en la victoria y en sus altos destinos dentro del concierto de las naciones más prósperas y progresivas.

FAUSTO LAMATA



El ministro de Obras Públicas, Bernardo Giner de los Ríos, y el ex ministro Julio Just, iniciador de la Exposición, en el acto de inauguración de ésta

(Fots. Vidal Corella)



Un aspecto parcial de la Exposición que se ha celebrado estos últimos días en Valencia

# 40.000 KILOS DE LECHE EN POLVO, 6.000 DE AZUCAR Y 3.000 DE HARINA MENSUALMENTE

***para los 10.000 niños madrileños que no tienen alimento materno***

No obstante las graves inquietudes de la guerra, la protección al niño sigue siendo la preocupación principal de muchos espíritus generosos, que así cultivan la más noble y humana política. Precisamente en estos momentos, en que la vida de los hombres está constantemente jugada a los azares dramáticos de la lucha, es, más que nunca, acertado velar por el tesoro vital que para el porvenir de nuestra raza significan los niños.

Don Francisco Haro García, consejero provincial de Asistencia Social, siente hondamente esta preocupación por la infancia. Su cargo y su competencia dan autoridad auténtica a sus opiniones sobre este problema, que es uno de los en todo tiempo dignos de la mayor atención en las esferas oficiales. Entusiasta propugnador de la acción tutelar de la Puericultura, el señor Haro García ha expresado así sus juicios sobre este tema trascendental.

—La declaración de Ginebra o Tabla de los derechos del niño, hecha suya por la Constitución española en su artículo 43, establece en una de sus cinco fórmulas que «el niño hambriento debe ser alimentado». Y en otra añade: «El niño debe ser el primero en recibir socorros en toda ocasión de calamidad pública».

Es misión fundamental de los Consejos de Asistencia Social todo cuanto tienda a proteger y a cuidar al niño, y, concretamente, se señala a una de sus Secciones, a la Consejería segunda, la función protectora y de asistencia al niño lactante, que es precisamente el más desvalido, sobre todo cuando se trata de lactancia artificial.

No es aventurado afirmar que en Madrid existirán actualmente unos diez mil niños que aun no han cumplido el año y que carecen de su genuino alimento, que es el pecho de su madre, y a los cuales es preciso proporcionar el único sustitutivo existente: la leche.

Si tenemos en cuenta que en Madrid el 10 por 100 de los niños que nacen mueren antes de cumplir el año, en épocas normales, en que disponen de alimento adecuado cuando les falta el de su madre, ¿qué ocurrirá en estos momentos, en que escasea en términos agobiadores su único alimento?

Es, pues, indispensable proporcionar a los niños su alimento peculiar; pero una verdadera obra de Asistencia Social no puede limitarse a poner en manos de las madres o encargadas del cuidado de los niños madrileños unos cuantos litros de leche fresca, unos cuantos botes de leche condensada o unas cuantas bolsas de leche en polvo.

La gran mortalidad infantil durante la lactancia se debe, no a la falta de alimento, sino a su administración sin bases científicas y sin

la debida vigilancia del niño sometido a la lactancia artificial. Por eso, si se quiere hacer una labor útil, que puede realizar el Consejo de Asistencia Social, ha de combinarse la entrega de leche para los niños que no pueden ser criados por sus madres con la vigilancia médica de los Centros de Puericultura.

Es, pues, en esos Centros, en los Consultorios de Puericultura, donde, después de pesar al niño y de examinar su estado de salud y su progresivo desarrollo, se ha de suministrar a la madre o encargada de él la dosis conveniente para su alimento durante un cierto plazo: una semana, por ejemplo, al cabo de la cual un nuevo reconocimiento permitirá mantener o modificar el régimen, según las necesidades de la criatura.

Para facilitar el sustento preciso a los 10.000 niños que calculamos existen en Madrid faltos de la leche materna, son precisos unos 40.000 kilos de leche en polvo, unos 6.000 kilos de azúcar y unos 3.000 kilos de harina, por mes. Cifras que, naturalmente, se aumentarían si se extendiese, como debiera hacerse, la asistencia a aquellos otros niños todavía en edad de lactancia y que pasen del año.

Las cifras parecen, a primera vista, un poco excesivas; sin embargo, estamos seguros de que el Consejo de Asistencia Social de Madrid encontrará todo género de facilidades, tanto en los organismos encargados del abastecimiento de Madrid como en las entidades antifascistas, deseosas de expresar al pueblo madrileño su cariño. ¿Y de qué modo mejor que facilitando alimentos a sus pequeñuelos?

—Es muy importante divulgar entre las madres y encargadas de los niños que, además del alimento para ellos, deben recabar la acción tutelar del puericultor, base fundamental para disminuir la mortalidad infantil. Existen Consultorios de Puericultura y se han creado y se han de crear otros más, situados estratégicamente en los diferentes barrios de la capital. A ellos deben ser llevados los niños. Todo cuanto se haga en este sentido de protección a la infancia nos parecerá poco. ¿Puede imaginarse algo más esplendorosamente bello que el contraste que supone compensar el incremento de la mortalidad, agudizado por la guerra y las criminales agresiones fascistas, con la disminución de la mortalidad infantil, lograda con una Asistencia Social consciente?



## Contra el egoísmo parasitario

# Hay tajo sobrado para los que aun "no se han enterado" de la guerra

**P**OR fin van a enterarse de que estamos en guerra hasta los peores sordos, los de conveniencia, los que tienen oídos y no oyen, porque no quieren oír.

El nuevo director de Seguridad, el heroico teniente coronel Ortega, uno de los más esforzados defensores de Madrid, está actuando de trompetero al modo bíblico. Cada decreto suyo tiende a derrumbar un lienzo de la muralla de incompreensión y de frivolidad de esa Jericó feliz y emboscada en que vivía una buena parte de la retaguardia.

En la Valencia abundosa y alegre de estos tiempos dramáticos existía una población emigrante que, como en el Burdeos de la Gran Guerra, vivía entregada a una existencia amable y divertida. *Dancings* y *cabarets* funcionaban a pleno rendimiento. Ha sido en aquellas tierras pródigas la época de las gordas vacas para esa multitud aventurera que vive al margen de toda inquietud social. Privilegio de los *sans patrie*, porque ese bajo mundo del placer mercenario no tiene otra patria que la del dinero fácil y el vicio mercenario.

Un buen día—un feliz día—, el nuevo director de Seguridad dispuso que fueran clausurados todos los *cabarets*, *cafés concerts* y los más o menos ficticios *Edenes* que infectaban la capital levantina.

Justa medida de profilaxis social, y también certero atisbo político. No era justo que mientras unos españoles luchan y mueren en las trincheras, en las playas del que hemos dado en llamar «Levante feliz» tomaran baños de sol, para broncearse decorativamente, *gigolos* y *souleneurs* y señoritos ociosos.

Eso está bien para los tiempos eglógicos de la paz tolerante. Pero la guerra es la guerra, y lo mismo que exige en las trincheras sacri-

ficio de vidas, pide en la retaguardia austeridad y esfuerzo.

En Valencia se está haciendo una limpia magnífica. Redadas—de doscientos por día—de vagos auténticos, bergantes *camouflados* bajo un carnet sindical y señoritos que al amparo de una ficticia certificación de trabajo se permiten el absurdo, estúpido lujo de considerarse «neutrales».

A los parásitos que habían caído sobre Levante se les sanciona, probada su utilidad física, a trabajar en fortificaciones y en las obras de los ferrocarriles urgentes para la necesidad de guerra.

Es lo menos que se les puede exigir a los que, mientras España se desangra en una lucha trágica, habían adoptado la postura egoísta del que no se entera, haciéndose indiferente a los dolores ajenos.

No es sólo en las circunstancias dramáticas de la guerra donde se calibra el influjo pernicioso del parasitismo social. La vagancia es siempre matriz de delincuencia. Y tendrá que no ser así, que no ser el ocioso materia predisuelta paradójicamente para todas las actividades lesivas, y sólo el hecho de que cuando un gran dolor colectivo embarga a un pueblo exista un solo ser que permanezca aislado, indiferente, abroquelado en su egoísmo, al dolor de los demás, es ya una excepción repelente.

El individuo, fatalmente, se debe a sus semejantes por un imperativo indeclinable de solidaridad de raza, de intereses y, en último término, por una afinidad instintiva de especie. El hombre que se considera como un islote, como un compartimento estanco, merece, en épocas normales, que se le deje morir sumergido en esa atmósfera estéril de egoísmo. Pero cuando una guerra pone en tensión las energías

de todo un pueblo y cientos de millares de hombres se sacrifican en el mismo afán, no puede permitirse, ni a título de respeto a la libertad individual, ni por un falso concepto de liberalismo, que exista una sola persona que se considere desligada, ajena a los trabajos y las angustias de los que le rodean.

Contra ese concepto unipersonal y ególatra de la libertad está el más alto concepto de la justicia, que para ser verdaderamente justa ha de ser equitativa. El hombre no es nada si su existencia no representa nada útil para los demás hombres. Una vida en sí no es nada, sino por el valor espiritual que representa. Y la más alta gradación de ese valor se traduce en solidaridad. Tan eficaz, pues, como la acción de guerra contra el enemigo dinámico de enfrente es esa lucha emprendida por las autoridades contra el enemigo sedentario, pasivo e inerte que anida en nuestra retaguardia. Tan peligroso como el combatiente adversario que empuña un fusil es este enemigo que entre nosotros se cruza extáticamente de brazos. Sea más duro el castigo para el inepto voluntario, para el falso neutral que pensando en su comodidad «no se mete en nada», ni «se significa», y lo que quiere es «que acabe esto», que para el enemigo declarado, sobre el que se sabe a qué atenerse.

Demos la batalla a fondo a esa especie de egoísta. No sólo como medida de guerra, sino como imperativo de profilaxis social. El egoísta es, por constitución, el enemigo de todos, sean cualesquiera sus ideas. El egoísta no es ni siquiera la tierra esquiva, dura, terca al laboreo. La tierra, por muy seca y hostil que sea, puede, en fuerza de trabajo, de riego, de abono, dar alguna vez flores y espigas. El trabajo del hombre en ella puede estar iluminado de alguna, esperanza. Al cabo, la tierra se rendirá al esfuerzo fecundo, al laboreo tenaz. Pero el egoísta es la piedra; inútil el riego y la siembra: su vida, sorda y torpe, no germinará jamás. Únicamente el pico acerado, el cincel cortante, la harán útil convertida en pilar, en columna o en lápida. A golpes, con violencia, entre pirotecnia de chispas quemantes.

Bien haya el momento en que se ha emprendido la campaña contra el parasitismo social. Que tenga pronta y eficaz repercusión en el Madrid heroico de la retaguardia, donde todavía hay muchos ociosos injustificados, muchos hombres útiles que no hacen nada.

Y sus brazos hacen falta. En cuarenta días, contando con los obreros bastantes, pueden terminarse las obras del ferrocarril que resolverán el problema de nuestro abastecimiento. Y a la par, y por añadidura, todavía en muchas calles madrileñas se amontonan los escombros, las ruinas causadas por los bombardeos de la aviación facciosa.

Tarea urgente, higiénica y útil, que están esperando el esfuerzo de los muchos indolentes, cucos y emboscados, que teniendo oídos no han querido enterarse de la gran tragedia que está viviendo todo un pueblo.

JUAN FERRAGUT

Los ociosos, los vagos, pueden también trabajar en el descombro de estas calles de Madrid, cuyas viviendas han sido dramáticamente castigadas por la guerra





ñanzas oficiales resbalaron sobre él, mientras su espíritu se afinaba y depuraba cada día más, preparándose para la batalla que el fascismo organizaba en las sombras. Cuando estalló la guerra europea, Lukach era oficial de reserva en un regimiento de Húsares de Hungría, donde había nacido. Mediada la guerra, y después de haberse destacado por su heroísmo, el Ejército ruso le hizo prisionero. En la cárcel zarista acabaron de aquilatarse aquellos afanes antifascistas que ya constituían en su espíritu el bagaje moral más considerable, y cuando la revolución de Octubre abrió las puertas de las cárceles a los prisioneros, Lukach forma un batallón, integrado por hombres que comparten su pensamiento, y salen a combatir a los hombres del Ejército blanco, que mandan Wrangel y Denikin. A partir de este momento se abre en la vida del oficial húngaro una larga serie de acciones eficaces y acertadas. En 1919 se destaca, una vez más, en la lucha contra Kolchak. Luego pasa a las órdenes de Vorochilov, contribuyendo de modo poderoso a fraguar la victoria de Perekop.

## EL GENERAL LUKACH héroe de las Brigadas Internacionales

EN uno de los frentes de combate, donde por estos días se ha iniciado una dura ofensiva contra el enemigo, ha muerto el general Lukach. Una granada fascista le abrió el pecho mientras inspeccionaba el lugar donde habían de actuar, poco después, las tropas de su mando. Lukach era un fervoroso, sincero amigo de España y de la Libertad, vinculada desde el 18 de Julio en nuestra lucha. A poco de surgir la sublevación militar, el general checo vino a ofrecer a la causa de los trabajadores españoles su esfuerzo y sus profundos conocimientos militares, pues era uno de los escritores más destacados de Europa en cuestiones de estrategia.

La vida del general Lukach era un claro ejemplo de amor a la causa del pueblo, de acendrado y sincero antifascismo. Procedía de una Escuela Militar donde la enseñanza era plenamente imperialista. Pero él se forjó en el amor a los humildes, en la repugnancia a los regímenes totalitarios y de tiranía, y aquellas ense-

Cuando la Revolución rusa se afianzó definitivamente en el territorio, Lukach se retiró a su vida natal y consagró sus horas al estudio de los problemas sociales, a la acción revolucionaria y a escribir de estrategia militar.

En España ha realizado en estos meses de guerra una labor magnífica. Ha sido, silenciosamente, al frente de sus hombres heroicos, un destacado defensor de Madrid. Las más duras acciones en la Ciudad Universitaria le han tenido como protagonista a la hora del heroísmo y de la competencia, que luego volvieron a ponerse de manifiesto en Boadilla del Monte, en Pozuelo de Alarcón, en Mirabueno, en el Jarama, en Guadalajara... Por otra parte, sus altas condiciones de organizador han cuajado en los cuadros militares educados en su escuela y en su ejemplo, para la creación, siguiendo las directrices del Gobierno legítimo, de un Ejército disciplinado y fuerte, dirigido por un Mando único.

Una granada enemiga le ha prendido ahora una rosa violenta de sangre en el pecho, cuando preparaba una acción eficaz contra las tropas del fascismo internacional.

El Ejército del pueblo, que cuenta con tan magníficos generales, pierde, con la muerte de Lukach, a uno de los más destacados.

Las banderas antifascistas del mundo tiemblan ahora de dolor. Mañana vibrarán de nuevo con la alegría de la victoria, porque para conseguirla queda aquí el ejemplo claro y recto de un general antifascista que dejó su patria para defender a los obreros españoles.

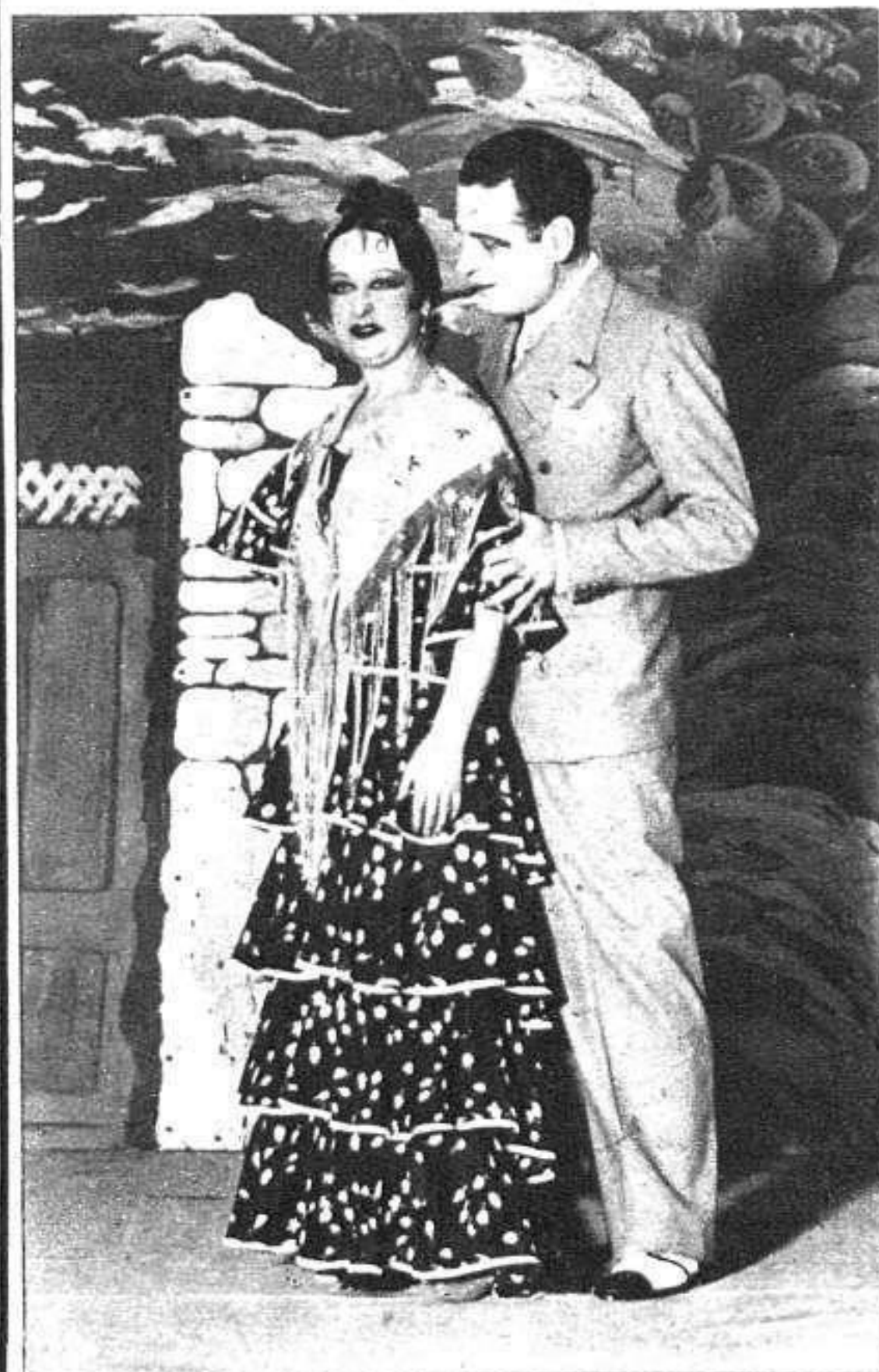
OTERO SECO

**Este número está visado por la Censura.**

## «Martinete» en Pavón



Alberto A. Cienfuegos, el gran poeta de «Martinete»



Una escena de «Martinete», la comedia de Cienfuegos, que ha obtenido ahora, al ser repuesta en el Teatro Pavón, el mismo entusiástico éxito popular que obtuvo antes, cuando fue estrenada en el Teatro Español

(Fot. Videal)

ALBERTO A. Cienfuegos es uno de nuestros poetas más auténticos, más llenos de sensibilidad y de solera. Una obra suya que se estrenó no hace mucho en el Español, *Martinete*, ha sido repuesta ahora en Pavón, con el mismo caluroso éxito de entonces. Por su versificación jugosa, por su ágil emoción escénica, por su bella visión de una Andalucía rica en valores estéticos, *Martinete* es una de las obras en que modernamente mejor se han sabido fundir la calidad literaria y el acento popular. Así lo reconoce a diario el público que aplaude las hermosas escenas de *Martinete* en Pavón.

### SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

FUMADORES: Cigarrillos Masiator. Perfec. Paq., 1 pta.; por correo, 6 paq., 6,60. Hospital, 102. Barcelona.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

**EL DOLOR**

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LOS QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

**CEREBRINO MANDRI**

ESPECIALIDAD NACIONAL

#### USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. Eireumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al  
**LABORATORIO MANDRI**  
Provenza, 203  
**BARCELONA**



# ¡Madres!

Así criaréis a vuestros hijos, sin padecer mareos ni debilidad, tomando el famoso **Jarabe Salud**.

Está aprobado por la Academia de Medicina y su eficacia es grande para dar fuerzas a las embarazadas y para aumentar las energías de la madre que cría, produciéndole, a la vez, una secreción láctea abundante y de perfectas cualidades nutritivas.

El más poderoso tónico - reconstituyente contra  
**INAPETENCIA Y ANEMIA**  
es el eficazísimo **Jarabe de**

# HIPOFOSFITOS SALUD

Puede tomarse en todas las épocas del año.

## LAXANTE SALUD

Corrige el estreñimiento  
sin causar irritación.

En cajitas de 28 - 30 grageas: Ptas. 1,90 (timbre incluido), en farmacias.



Empleado en una convalecencia post-infecciosa el **Jarabe Hipofosfitos Salud**, he conseguido unos resultados regeneradores excelentes. Verdaderamente es uno de los reconstituyentes más poderosos. —  
**I. Vidal Fuentes, Médico. Santiago.**

Frasco grande:  
Ptas. 5,05  
(timbre incluido).

Si desea muestra gratuita del **Laxante**, llene este Boleín y remítalo en sobre abierto, franqueado con 5 céntimos, al **Laboratorio SALUD**, Apart. 17-Tortosa.

Nombre .....  
Domicilio .....  
Población .....

## **HISTORIAS DE ESPIONAJE**

# **EL PARTE DEL CUARTEL GENERAL**



En la Gran Guerra la acción del espionaje determinó muchas veces la pérdida de combates, en los que había que retirarse desordenadamente para evitar que las pérdidas fuesen mayores...

## **AQUEL AVIADOR QUE LLEGO DE VARSOVIA A LAS LINEAS RUSAS...**

### **El avance ruso**

Los ejércitos del Zar avanzaban, en los comienzos de la Gran Guerra, hacia la Prusia Oriental. Los dos Cuerpos de ejército mandados por Rennenkamp y Sassonow debían operar, primero, en dirección paralela, para concentrarse luego sobre Berlín.

De las tropas rusas, las situadas en el centro eran las que avanzaban más impetuosamente, bajo el mando de Sassonow. Amenazaban ya romper el frente alemán. El enemigo iba replegándose hacia el Oeste.

Pero ciertos informes, confirmados por los vuelos de reconocimiento de los aviadores rusos, plantearon un problema al Alto Mando. Sassonow supo que por el ala Norte y por el ala Sur avanzaban contra él grandes masas de tropas alemanas, con el indudable propósito de rodear aquel ejército que avanzaba. Ante el general ruso se planteaba un problema. Había de seguir avanzando hacia el Oeste, continuando su ofensiva a pesar del riesgo que suponía la amenaza alemana por el Norte y por el Sur, o había de detenerse en su avance para defenderse de las imprevistas embestidas de los nuevos contingentes alemanes. Esta detención en la ofensiva equivaldría a abandonar, por lo menos momentáneamente, el propósito de romper el frente germánico.

### **Ante dos caminos**

Sassonow reunió a su Estado Mayor en Ostelburg, detrás del frente. Se examinó detenidamente la situación. Y se acordó que el ejército no debía dar un paso más hacia el Oeste, porque el terreno—bosques, pequeños lagos y pantanos—y el peligro de aquellas masas alemanas por uno y otro lado, podían hacer que el ejército fuese envuelto, copado y aniquilado.

De acuerdo con esto, se dictaron las órdenes oportunas para que las fuerzas se detuviesen en su movimiento de avance y se atrincherasen en las líneas ocupadas.

En ello se estaba, y se oyó de pronto el zumbido de un motor. Era un avión, que venía de la retaguardia. Fué descendiendo, y aterrizó en un prado al Norte de Ostelburg, entre un bosque, un lago y una línea de ferrocarril.

### **Un oficial del Estado Mayor**

Saltó del aparato un oficial joven, con el uniforme del Estado Mayor. Un soldado llegó en seguida con su moto.

—Lléveme inmediatamente al Mando—habló el oficial.

Pocos instantes después, el oficial estaba ante el propio Sassonow, a quien entregó un parte urgente.

El general lo leyó. Pareció alterarse un poco, y en seguida dijo a los jefes de Estado Mayor que estaban con él.

—No sigáis. No se desiste de la ofensiva. Hay que seguir el ataque, más enérgicamente cada vez.

Se volvió al oficial recién llegado y le tendió la mano.

—Gracias, señor capitán. Decid al Gran Duque que mañana mismo espero poder anunciarle la rotura del frente alemán.

El capitán saludó y se retiró. Regresó en la moto hacia el avión, montó en éste y emprendió el vuelo hacia Varsovia, por donde antes había llegado.

### **El parte**

Aquel parte del Mando Supremo venía a decir lo siguiente: «Su Alteza el Gran Duque, ge-

neralísimo de los Ejércitos, se extraña por lo despacio que va la ofensiva encomendada al centro de ese ejército. La toma de Osterade nos abriría el camino hacia Berlín. La amenaza alemana de envolver al ejército no es, según nuestras informaciones, más que una serie de operaciones simuladas, encaminadas a desorientar. Esa amenaza sería deshecha en el Norte por el ejército de Rennenkamp, y en el Sur, por los dos Cuerpos enviados ya desde Varsovia. Por lo tanto, debe continuar, intensificada, la ofensiva del centro, hasta poder romper el frente.

### **La catástrofe**

Y de acuerdo con esto, Sassonow lanzó a fondo todas sus tropas con la intención de romper el frente enemigo. Pero ya el ala izquierda y el ala derecha habían sido arrolladas, en contra de lo que el parte decía. Por la noche, Sassonow se da cuenta de todo lo que ha ocurrido. Al lanzar a fondo sus tropas, al ser deshechas las dos alas, el ejército del centro quedaba copado, en situación difícilísima y trágica.

Dándose cuenta de la situación, el Mando logró ponerse en comunicación con el Cuartel General de Varsovia. Pidió urgentemente refuerzos. Desde el Mando Supremo se le hacen reproches, y él se justifica diciendo que había obrado en contra de su propio criterio y en obediencia a la orden concreta del Gran Duque.

Pero nadie, en el Cuartel General de Varsovia, conoce tal orden. Se llega a dudar de las facultades mentales de Sassonow. Este, dándose cuenta de lo ocurrido, advirtiendo la magnitud de la derrota, se pega un tiro en la sien. Aquella orden traída por un aviador enemigo ha sido la determinante de la catástrofe.

# CARTELERA DEL LUNES



## SALAMANCA

2.ª semana del acontecimiento cinematográfico

### Caballito Blanco

### La Posada del

Adaptación cinematográfica de la famosa opereta

## AVENIDA

**EXITO ENORME**  
del interesante y divertido film español

### La canción del día

con **TINO FOLGAR**  
y **FAUSTINO BRETAÑO**

### MADRID-PARIS

## DE TREN A TREN

Por **MARIAN MARSH**

Un film sugestivo e interesante

## PRENSA

Víctor Mac Laglen  
en

### Dick-Turpin

Las emocionantes aventuras del célebre bandido y la grandiosa superproducción

### El desfiladero de la muerte

## CAPITOL



2.ª SEMANA

LUPONINI

### EL TERROR DE CHICAGO

¡UNA CIUDAD

EN PELIGRO DE MUERTE!

Un film de intensa emoción

### DURRUTI

Extraordinario éxito de la magnífica producción española

### Diego Corrientes

### PROYECCIONES

### Una CARMEN RUBIA

la mejor película de **MARTA EGGERTH**

### BILBAO

Éxito enorme a SEMANA

### 2.ª DE Rebelión a bordo

La película inolvidable

### CALATRAVAS

2.ª semana de la suprema creación de **CHARLOT**

### TIEMPOS MODERNOS



### PALACIO de la MUSICA

Éxito grandioso

### Cinco cunitas

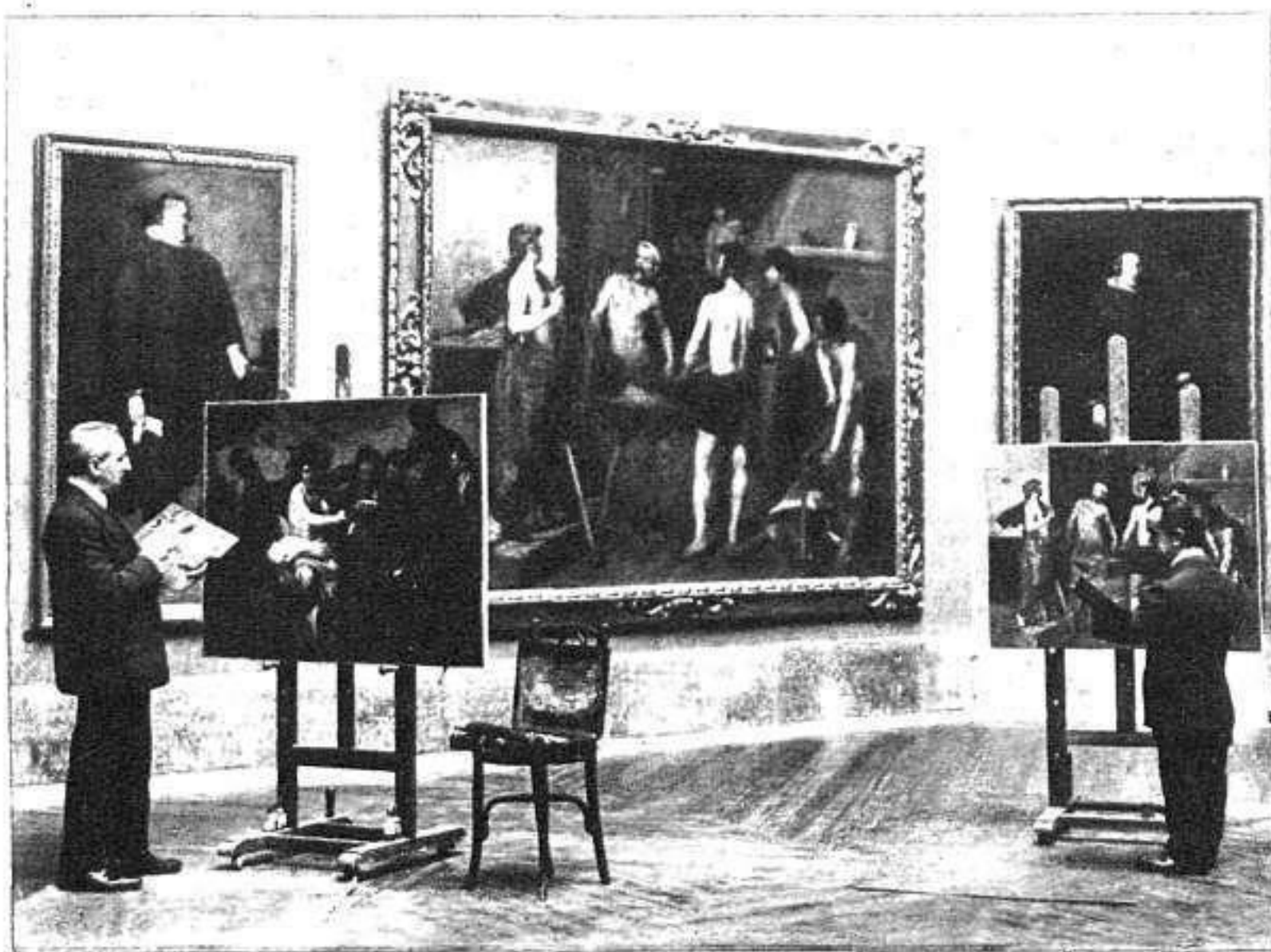
Las cinco «estrellitas» más diminutas de la pantalla

Por las «quints»  
**Annette Cecile Ivonne Marie y Emile DIONNE**

### BARCELÓ

Grandioso éxito de la interesante película

### el triunfo de la carne



**LO QUE SE HA LLEVADO LA GUERRA**

## Jueves: Visita a los copistas del Museo

### El público, en el Museo

Dos días cada semana—jueves y domingos—podían los madrileños visitar gratuitamente el Museo del Prado. Dos días durante los cuales las salas que el resto de la semana permanecían en el mayor silencio se animaban con la irrupción, un poco tumultuosa, de los visitantes gratuitos. Hasta esos dos días no salían de su abstracción sedante, de budas uniformados de azul, los vigilantes de las galerías que el jueves y el domingo volvían a estirar las piernas en sus breves paseos sin meta, con el aire de guardianes de Banco paseándose por los subterráneos del tesoro.

Salvo excepciones—pocas—, la mayoría de los visitantes del Museo, en esos días de entrada gratuita, llevaban un objetivo completamente ajeno a los problemas de las artes plásticas. Unos arribaban, por playas encerradas de madera crugiente, hasta esos divanes rojos que Ramón llamó «islas de terciopelo del Museo», buscando la tibia caricia de los radiadores próximos, cansados de aguantar en el rostro los alfileres del frío callejero. Otros esperaban, con la vista perdida—mirando sin ver—en el falso fondo de lejanía de los paisajes, la llegada de la novia, que siempre viene tarde, con su menudo andar de pájaro. Esta era la estampa del domingo. La del jueves era otra distinta. No habría mucho error haciendo el resumen de los dos públicos en estas palabras: Domingo: Visita popular al Museo. Jueves: Visita a los copistas del Museo.

### «El Greco» y el amor

En la Sala del Greco había casi siempre un copista extraño, de indudable aire extranjero, con traje deportivo y monóculo. Inglés, sin duda. Sonrosado por el whiskey o por la falta de respiración que produce ese cerrar la boca de las operaciones pacientes y entretenidas.

El inglés—valga la re-

dundancia—era profundamente silencioso. Se pasaba las horas muertas frente al *Caballero de la mano al pecho*, que ya había copiado muchas veces.

Un día, mientras trabajaba el copista con el afán que siempre ponía en su labor, entró en la sala una pareja de novios. La mujer llegaba sonriente, comentando, llena de risas pícaras la boca, alguna frase intencionada del galán.

Ante uno de los retratos de la sala se detuvieron con falsa y seria atención. Algo erótico debían estar comentando en torno a la delgadez de las figuras, porque ella volvió a soltar el torrente climático de su risa. Una risa ruidosa, cortada de pronto, cuando, en un giro rápido para salir, vió alzarse frente a sus ojos la *T amarilla del Cristo*, de Velázquez.

### Los visitantes dan su opinión

He aquí algunos comentarios oídos un jueves en el Museo:

Un joven de aire ateneísta, al amigo que le acompaña:

—A mí, chico, la verdad, estas mujeres de Rubens me producen el deseo de venir aquí a tomar el desayuno. Sería delicioso extender sobre unas rebanadas de pan la manteca de esos pechos de *Las tres gracias*.

\*\*\*

El otro, frente a la *Maja vestida*:

—Fíjate qué grano de pimienta tan madrileño es la de Alba. No es guapa, y, sin embargo, resulta extraordinariamente interesante. Es una de esas mujeres que cuando entran en un café, todos los hombres se arreglan la corbata.

\*\*\*

Un amigo mío:

—No entres en la sala de *Las meninas* después de haber estado un rato en la del Greco, porque corres el riesgo de verte con la cara alargada en el espejo de la sala. Don Elías Tormo hizo eso, y ya ves cómo se quedó.

\*\*\*

Otro comentario del mismo:

—Cuando los visitantes se marchan, *Las meninas* se ponen a hacer ganchillo.

\*\*\*

Una jovencita:

—¡Qué vieja era *La Gioconda*! Su novio:

—Y, además, yo no le veo la sonrisa por ninguna parte.

\*\*\*

Una recién casada a su marido:

—¡Qué bien harían esos «bodegones» en nuestro comedor!

\*\*\*

(Conmigo no valen disimulos. Yo sé que por las noches los caballos de Velázquez descansan de sus saltos poniéndose en cuatro patas.)

### La copista que se parecía a una «maja»

Otra copista original: *Paloma*. *Paloma* era una muchacha sevillana, hecha de graciosas rectificaciones diarias. Un día sintió el impulso de hacerse bailarina. Otro leyó un cuento—*Paloma*—, y ya no volvió a permitir que se la llamara por otro nombre. Otro se levantó con el deseo de conocer París, y allá se marchó sin despedirse de nadie. De París volvió un día envenenada de arte *snob* y de literatura de Pitigrilli. Los amigos le habíamos descubierto, mucho tiempo antes, su parecido con la *Maja desnuda*, en unas saturnales graciosísimas que ella llamaba «misas negras», y al volver de París sintió el deseo de hacer, con una copia del lienzo de Goya, su autorretrato. Y en el Museo se plantó, con su caballete y sus pinceles, con su vestido absurdo, que hacía sonreír a los vigilantes de la sala: la ropa, larga, rozando el suelo, y el amplio escote de la espalda le hacían tomar el aspecto de un maniquí viviente con traje de noche. O el de reina María Luisa, en el cuadro de Goya, joven y sin encajes.

En París debió *Paloma* conocer a Vhan Dougen, porque la *Maja desnuda* de su copia era un trozo de cerámica talaverana, con el punto de cocción pasado. Además, sentía el capricho de poner lunares en aquellos sitios en que su concepto absurdo de la estética femenina le hacía pensar que faltaban. ¡Eso le faltaba a la *Maja desnuda*, después de haberla acusado Eugenio d'Ors de «furiosamente pornográfica».

Pero *Paloma* desapareció un día del Museo y se fué a Nueva York. Desde allí escribió a varios amigos. A uno le decía: «Me marché de Madrid porque sentí la tentación de robar la *Maja*. Ningún pintor podría hacerme un retrato mejor y más exacto. Hasta que me cure, no vuelvo.»

### Bombas sobre el Museo

La aviación facciosa tiró, hace unos meses, cinco bombas incendiarias sobre el Museo del Prado. Algunas llegaron incluso a horadar las claraboyas de la sala central y penetraron en ella.

El Gobierno, con muy buen acuerdo, ha suspendido las visitas del público al Museo y ha puesto en lugar seguro las obras de nuestra magnífica pinacoteca. He aquí otra cosa, vinculada a la vida de Madrid, que se ha llevado la guerra. Aunque, por fortuna, sólo es temporalmente.

ANTONIO DE LA SERENA

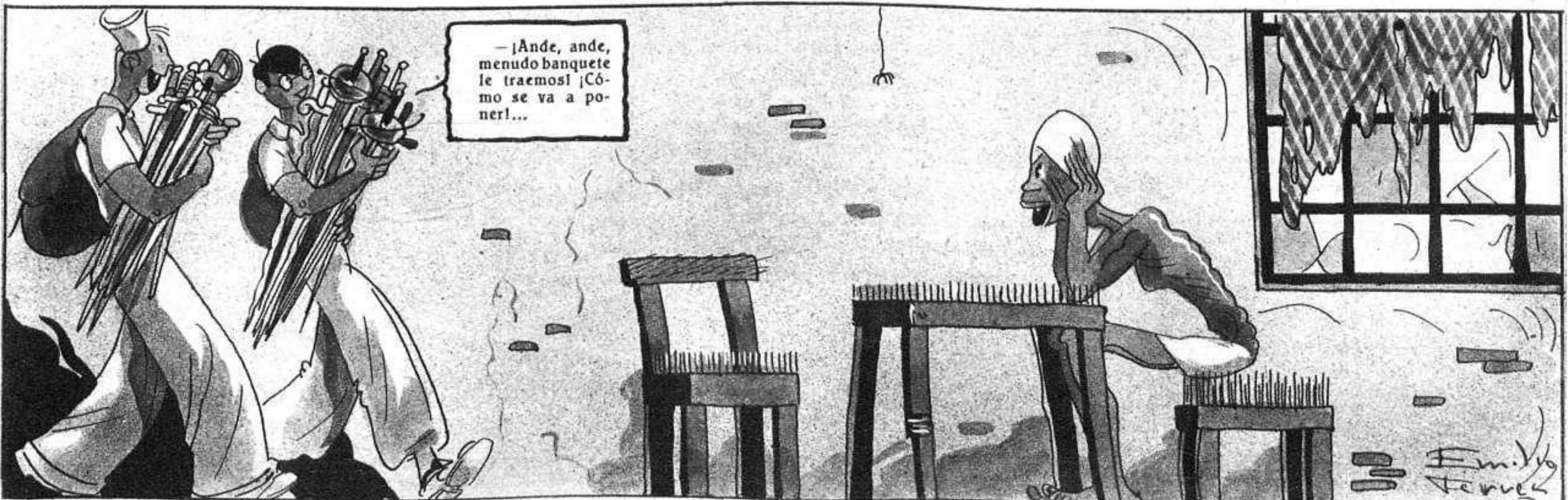
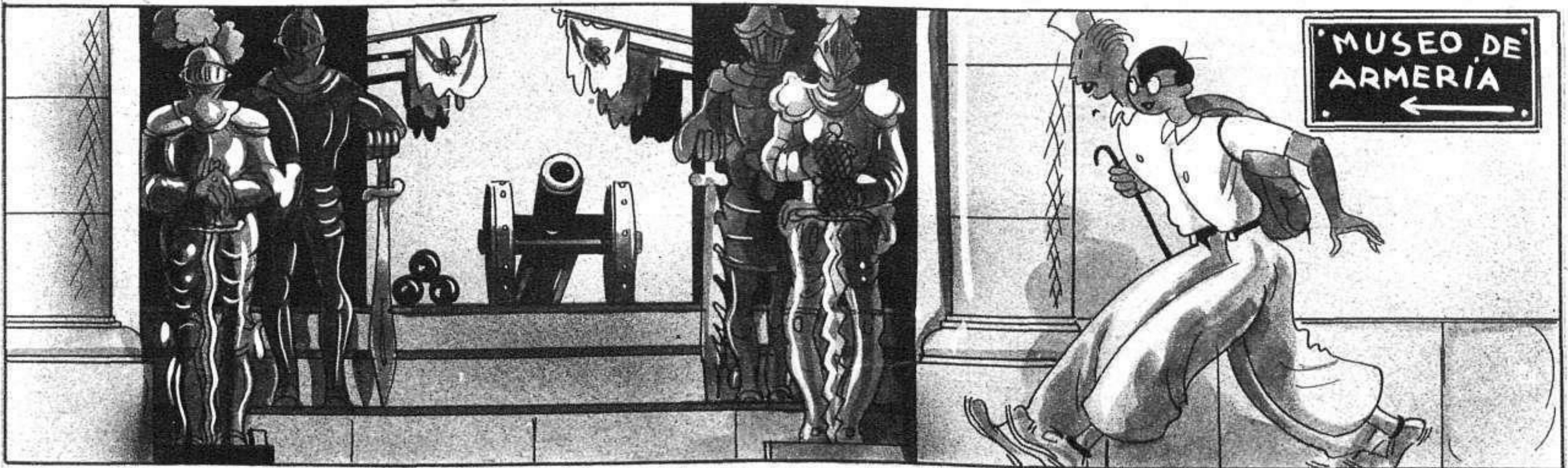
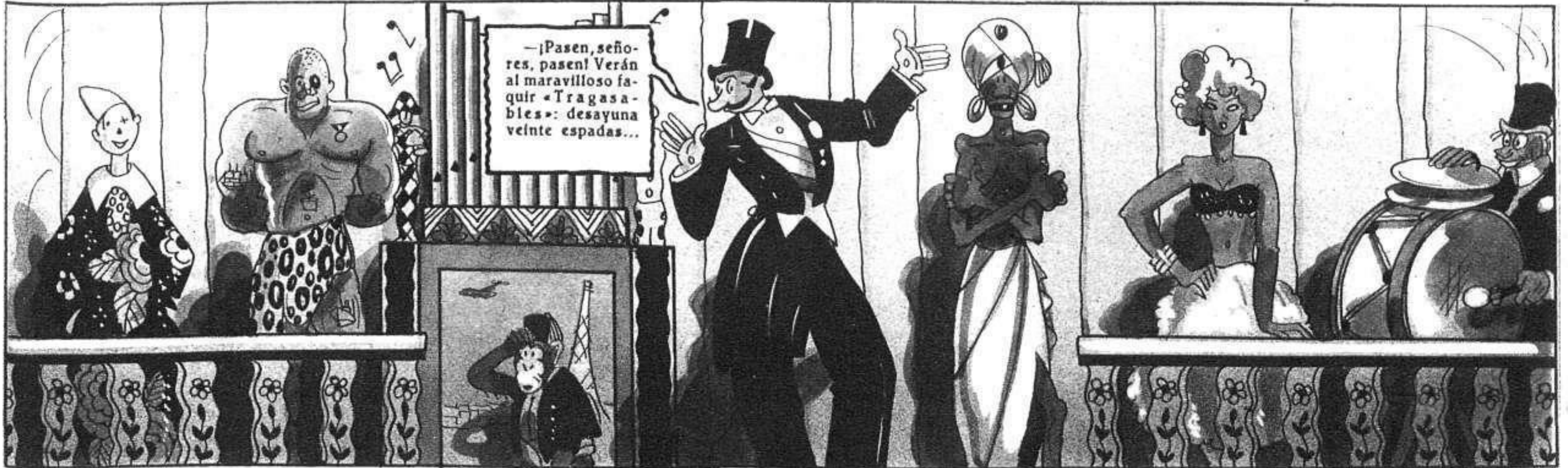
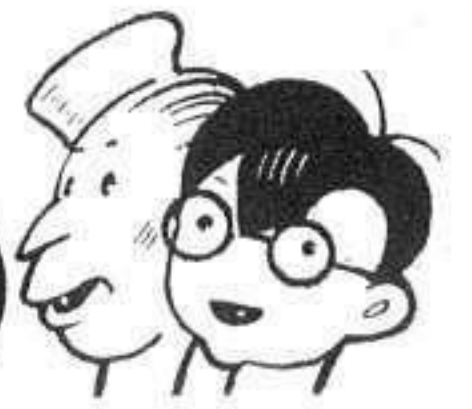
# SANGRISÁN

## DEPURATIVO

### PERFECTO DE LA SANGRE

*Venta en todas las farmacias.*

# LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO





## La esposa

La expresión abstraída, la mirada perdida en un horizonte lejano: todo el pensamiento clavado en el compañero ausente, en el hombre que marchó del hogar hacia las trincheras...

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid  
(Printed in Spain)